

Conversaciones con Héctor Schmucler

LA OMNIPOTENCIA DE LA “VOZ” Y EL DISENSO DESDE UN HUMANISMO RADICAL

Por Emiliano Sánchez Narvarte

La siguiente entrevista fue realizada desde el Grupo de Trabajo “Historia de los Estudios de Comunicación y Cultura en Argentina” perteneciente al Centro de investigaciones en problemáticas socio-simbólicas latinoamericanas “Aníbal Ford” de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP. Actualmente, este grupo –integrado por docentes, graduados y estudiantes de dicha casa de estudios– se encuentra desarrollando un proyecto de investigación que se pregunta por los consensos y disensos que atraviesan el campo de la comunicación en los últimos años y sus articulaciones académicas y políticas.

Del conjunto de entrevistas realizadas a referentes de la disciplina de todo el país, seleccionamos extractos de las conversaciones mantenidas con Héctor Schmucler y Alejandra Cebrelli para acercarnos a sus posiciones respecto del impacto que introducen las discusiones que articula la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual en las instituciones del campo.

¿Cómo evalúa las políticas de comunicación desarrolladas en los últimos años y cuáles considera han sido sus impactos en el campo académico?

En primer lugar, no sé si hay una política específica de tipo educativo oficial vinculada a comunicación. Hay políticas de comunicación oficiales, gubernamentales, estatales, pero no sé cuánto de eso actúa sobre los planes oficiales que empujen en una u otra línea los estudios de comunicación. Lo separo en dos planos: uno, cuál es un proyecto o voluntad educativa oficial. Y otra, lo que atraviesa de hecho las escuelas de comunicación y los proyectos de investigación en función de la política oficial sobre comunicación que ha tenido como emblema la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual.

¿No ve un impacto de la ley en el campo?

Más bien me da la impresión de que ha sido muy tocado el campo, ¿no? A permeado mucho esta discusión. Te diría más, yo veo que buena parte de la discusión, que ya tiene años y que se concreta en una ley, no sólo ha permeado sino que fue el espacio privilegiado de la discusión.

¿Cuál es su opinión respecto a estas discusiones?

Yo tengo la sospecha de que la discusión que hubo sobre la ley con todas sus idas y vueltas no sé si ha salido mucho más allá del campo intelectual. Del campo intelectual en un sentido muy vasto, ¿no?

Siempre ha sido una sospecha mía de que el tema este de la comunicación como problema político, cultural, social, yo no sé si le interesa mucho a la gente en su conjunto. Digo, si es una preocupación colectiva o si es una preocupación legítima de la gente que está alrededor del tema de la comunicación

Yo solía decir que nosotros los intelectuales –con todas las sonrisas que esto puede despertar– nos creemos a veces tan omnipotentes, que creemos que tenemos la capacidad y el derecho de darle voz a los que no tienen. Porque este es uno de los slogans, y muchas veces lo que no preguntamos es si los otros quieren tener la voz que nosotros le damos. Porque a lo mejor tienen voz, pero no la que nosotros creemos que es la que le corresponde. Con lo cual, en esta especie de acto generoso, en realidad estamos invadiendo sus propias maneras de ser, que tal vez no sea tener voz a través de una radio o de un canal de televisión, sino otras formas.

Esta cuestión para mí es central. No para desechar lo que se hace, ni para decir que está mal, sino para reflexionar sobre esto. Porque es tan larga la historia de los que creen tener el saber, que quieren llevar el saber –el suyo– a los otros y que terminan en lo contrario a lo que quieren. Es decir, en quitarle a veces a los otros su voz o en clausurar la capacidad imaginativa de los que piensan de una manera distinta a los sistemas de pensamiento que nosotros tenemos. Para mí esa es una preocupación antropológica y epistémica.

Me parece que es buen momento, con toda la experiencia que tenemos desde hace tantos años, es buen momento de tomar alguna distancia y reflexionar sobre esto. Me parece que esta es una discusión central que no es frecuente.

¿Advierte una ausencia de la reflexión en torno a, digamos, la cuestión de la representación en estos debates?

No veo expresiones de un interés generalizado por estos problemas. Si uno analiza incluso las discusiones, las discusiones que hubo antes, las discusiones que hubo durante la elaboración de la ley, lo que ha pasado después de haberse aprobado la ley, yo creo que nos obliga a pensar cuánto hay de elaboración teórica, abstracta, y cuánto de realidad. Se han sucedido discusiones, conjeturas después que se aprobó la ley, después de que una parte de la ley fue postergada, y acá viene otra vez lo político, Cuando digo lo político quiero decir coyunturas políticas muy concretas: los que están a favor y los que están en contra. Pero en coyunturas políticas aparecen estos temas.

Y luego hay como un olvido, un silencio y lo que llama la atención es que no se insista en la discusión esta. Ahí hay una deformación, porque los argumentos –y los buenos argumentos– que se fueron dando en relación a una política de comunicación más plural, más equitativa, de pronto se reduce a la pelea de un artículo de una ley, que tiene muchos artículos y que podrían irse llevando a cabo, con lo cual, de un lado y de otro lado, hace sospechoso el asunto. Si toda la cuestión es quitarle un canal de televisión a *Clarín*, hundirlo a *Clarín*, me parece que aun políticamente es equivocarse. Si uno piensa que todo lo que pasa en este país, que no está de acuerdo con lo que un sector amplio de la población cree es culpa de *Clarín* estamos mal, es decir, se deja a un lado las estructuras, el movimiento del sistema en su conjunto que es mucho más que un medio de comunicación.

Otro tema que me preocupa, más allá de la comunicación, es el papel que han cumplido desde hace mucho tiempo estos sectores llamados intelectuales, pensantes, que sirven de argumentación conceptual, a vocaciones, proyectos, que están antes de las elaboraciones teóricas. Yo rescato el papel de los intelectuales en su definición o en su espíritu más primigenio, que es el crítico. El crítico que no quiere decir que tiene que estar en contra de todo, pero sino que tiene que pasar por un distanciamiento crítico para poder poner en ejercicio lo que tiene en sus manos.

La palabra intelectual surgió con Emile Zola, justamente por una pelea en un diario que se define como aquel que desde su relativa autonomía intelectual tiene una mirada crítica y actúa públicamente. Bueno, ese espíritu me parece que es esencial, porque si no vienen desastres.